

SEGUNDA PARTE DE LA BATALLA NAVAL,
que el señor Don Juan de Austria tuvo con el Armada
de el Gran Turco.

Llena al fin un Romance nuevo.



Al General del Turco,
viano con las empresas
de tierra, y mar, compitiendo
baxeles con las estrellas.
Abrazata entrambos mares
con tan barbara soberbia,
que el Adriatico, y Jonio
eran destroncadas selvas.
Alargóse al mar, buscando
quien le pudiesse dar nuevas
de nuestra Armada, tan falsas,
que la burlava sin verla.
El señor Don Juan entonces,
teniendo juntas las fuerças

de la Católica Liga
del Papa, España, y Venecia.
En el Puerto de Mezina
escuchava diferencias
de pareceres contrarios,
mōstruos q̄ la guerra engendra.
Que el Turco era superior
en Soldados, y en Galeras,
sobervio con las victorias,
poderoso con las prestis.
Y que à vn trance de batalla
no era bien que se pusiera
la reputacion de España,
que lo mirasse su Alteza.

A

Mas

Mas bien que el mejor acuerdo
era que fuesse la guerra
defensiva en casa propria,
guardandose las fronteras
de Italia, opuestas al Turco:
mas don Juan, à quien alienta
el Cielo para blasones (ta:
de Austria, les diò por respues-
Que ya estava lleno el mundo
(si bien difícil la empresa)
de tan grandes prevenciones,
que corria ya por cuenta
de la Nación Española
pelear, y que le ordena
el Rey su hermano, que busque
al Turco, y que le acometa
quando la ocasion lo pida,
y pues el tiempo lo muestra,
que protesta dar la vida
en defensa de la Iglesia.
Su nombre aclamaron todos,
y con voces imperfectas,
dezian: A pelear,
señor Dō Juan, guerra, guerra.
En esto el Nuncio del Papa,
bañado en lagrimas tiernas
el rostro, dixo: Señor,
la victoria tienes cierta,
porque el Vicario de Christo
lo anima; y para que tengas
la Fè segura, te embia,
asseguradas promessas.
Sacò del pecho vna carta,
y rompiendole la nema,

le enseñò dos profecias
de San Ilidro, que en ellas
anunciaba la batalla,
con la victoria mas nueva
que viò el mar en sus espumas,
que el General que interpreta
con nuevas revelaciones,
es Don Juan, y que merezca
ser el que señala el Cielo
con tan victoriosas muestras.
Abrió su Alteza al Nuncio,
y como si ya tuviera
por alfombra de sus pies
toda la Armada Turquesca,
tocò à embarcar: tanto puede
fiè en Dios, porque desprecia
toda ventaja enemiga,
toda barbara potencia.
Bendixo el Nuncio la Armada
desde el muelle; y las riberas
dieron por tributo al agua
el eco de las trompetas.
La Capitana de España
pareció tocando à leva,
que se desgajava vn monte,
como va perdiendo tierra.
Ivanla figuiendo todas,
tan iguales, tan serenas,
que aun bolindo parecian
que eran pedazos de selvas,
repártidas por esquadras:
Andrea de Oria la primera,
que le tocò la vanguardia,
con cinquenta y dos Galeras,

en.

en que i van interpoladas
las del Papa, y de Venecia,
las de Genova, y Sicilia.
La batalla, y cuerno izquierdo,
con setenta y quatro velas,
y vanderolas azules,
llevaba à cargo su Alteza!
La Capitana del Papa
iva gallarda à su diestra,
con Marco Antonio Coloma,
à quien las aguas respetan.
El gran Sebastian Veneto,
que por Venecia gobierna
vn monte por Capitana,
iva à la mano izquierda.
El Proveedor Barbarigo,
que en cincuenta vasos buela,
con vanderas amarillas
lleva el siniestro à su cuenta.
El Marqués de Santa Cruz,
llegando el numero à treinta,
con las vanderolas blancas,
la retaguardia encomienda.
Don Alvaro de Bazan (ra
su hermano, Marte en la guer-
y don Martin de Padilla,
las distantes puntas cierran.
Encargò à D. Carlos de Avalos,
confiado en su experiencia,
treinta baxeles redondos,
para que fuesse en conserva
siempre à tiro de cañon,
y con orden, y advertencia,
que si le calmasse el viento,

y no alcançassen las piezas
à batir al enemigo,
que arrojasse à las Galeras
el socorro de Españoles
que osos, si no pelean!
Luego Don Juan de Cardona,
con ocho velas ligeras
saliò à descubrir al Turco,
descubriòle, y diò la buelta
dando oviso, que venia
imagen de la soberbia
tan señor del mar, que el agua
verle le permite apenas.
Y que dexaba à Lepanto
en distancia de seis leguas,
dando à la tierra a venizias,
como à los Cielos, blasfemias.
Era la Real del Turco
alta de punal, y en ella
quinientos escopeteros
Genizaros, que pudieran
conquistar vna Provincia
à cienas voces despiertan
los acentas alternados
de d'ist' y n'is, y jatebas.
En forma de media Luna
tendiò su Armada, y el diestra
q' el Sol formaba vna sombra
de tantos cuerpos compuesta.
Ali sembrando victorias,
iva à la parte de tierra,
llevando para si guarda
de todos vasos ochenta.
Y cerraba aquella punta

A

por

por ser la de mayor fuerza,
Mahamud, Governador
de Negroponto, que enseña
crueldades à la fortuna,
para despeñarse en ellas.
Siroco, Governador
de Alexandria, sustenta
la punta del mar, y en medio
Jafet tenegado, muestra
el cuerpo de la batalla,
governando ciento y treinta.
Mahamud, Siro, y Sain,
hijos de Ali, se reservan
con quatro y seis Galezas,
que el bravo Piali gobierna.
El nieto de Barbaroja,
Azén, llevaba sin estas
veinte y quatro de socorro,
todas con las popas negras.
Con esta barbara pompa
venia aprestando cuerdas
para manjatar Christianos:
què locura! què soberbia!
Pero viendo nuestra Armada,
con voz turbada, y suspena,
dixo Ali: avejime engañado,
mayores son estas fuerzas
de lo que yo imaginava;
y bolviendo la cabeza
a los remeros Christianos,
que su libertad esperan
en la victoria de España,
dixo con turbada lengua:
Christianos, si es vuestro dia,

Dios os le dè, que mi estrella
en la fortuna Otomana
se fia, y dando la buelta
à presentar la batalla,
hizo largar vna pieza.
Respondimosle con otras,
y quando estuvimos cerca,
alçò la Real de España
en vna roxa vandera
vn Crucifixo, y la Virgen,
Estrella del mar, que ruega,
en semejantes peligros
por la salud de la Iglesia.
Adelantòse Piali,
y saliòle Juan Andrea
al encuentro, reservando
la ventaja à la prudencia.
Dieron à Piali socorro,
dexando en notable afrenta
al de Oria, que hecho vn mote
hizo honrosa resistencia.
Viò su aprieto Barbarigo,
y bolando à la defensa
con su Galera, acomete
la Capitana Turquesca.
Mas fue tan recia la carga
de dardos, y de saetas,
que al descubrir, peleando,
el rostro por la rodela,
sacò en el ojo derecho
vn flechazo (heroyca prueba
de su valor) que arrancando
èi mismo la Turca flecha,
bañado en su misma sangre,

aco.

acometiò à la Galera
contraria, que temerosa
huyò, çalordando en tierra.
Huyeron luego à Lepanto
de Pali quinze Galeras,
de san parando su esquadra,
llenas de cobarde afrenta.
Ya con el mismo furor,
dura imagin de la guerra,
cerraban por todas partes:
cubriòse con nubes negras
del humo el roxo Horizonte,
y descubriendose apenas
las dos Galeras Reales,
dexaron la luz y penfa
del Sol, que admittò el fracaso,
pues por las proas se encontrã
emulas, en dos montañas,
que pagan el censo en peñas.
Como la Real del Turco
era mas alta, la nuestra
metiò debaxo la proa,
rompiendo las palamentas.
Ali conociò la dicha,
y porque no se perdiera
la ocasion de la victoria,
sus Genizaros empeña,
Perdida estuvo dos vezes
la Real, entrando en ella
los Turcos, si voto à Dios;
mas como estava por cuenta
de Españoles, que enojados
se beben las mismas flechas,
tienen por fruta las balas,

y se abtaban con las piezas,
les diuos tan buena carga,
que en espacio de hora y media
pudo cantar la victoria
la que se juzgava preia.
Vn Alferez Español,
natural de Talavera
tomò à vn Soldado el mosquete,
y con valor, y destreza
tirò tan de punteria,
que Ali con vltimas queexas
cayò muerto en la cruzia,
cobarde como sangrienta.
Fuego, sangre, remos, armas,
cuerpos, baxeles, vanderas,
davan roxos paramentos
al mar, en olas rebueltas,
Cantò la victoria España
y numerando la presa,
murieron treinta mil Turcos,
y metieron en cadena
diez mil: quinze mil Christianos
se libertaron, noventa
Galeras abraò el fuego,
tragaron las olas negras
treinta, con seis Capitanas,
y por victoriosa muestra,
remolcadas por las popas
traximos ciento y setenta.
El mundo queda asombrado,
Italia libre, y contenta,
agradecido Pio Quinto,
acreditada Venecia.
Temblando el Turco en su casa,

fin

su autoridad sus fuerças,
Europa defengañada,
y autorizada la Iglesia,
España causando embidias,
y derribando vanderas,
para que enemigas armas
triumfos de Filipo sean.

Otro Romance.

LA mas illustre Ciudad,
Lq̄ el Tajo en vndoso curso,
ò la passea, ò la ronda,
como galan de sus muros
Toledo en fin, que dezir
sus alabanzas escuso,
porque en diziendo Toledo,
no es menester mayor triunfo,
Me diò el ser, me diò el valor,
tan hijo proprio, tan suyo,
que yo como agradecido
quise poner este punto
(honorandome de serlo)
por cabeza del discurso.
Dezir que fueron mis padres
nobles, lo dexo al aliento
que hizieres de mi valor,
examine à tu gusto
en mi mismo, y hallaràs,
que si vn hijo nunca pudo
ser tan bueno como el padre,
y yo soy tal, que presumo
es para mi gran valor
corta esfera todo el mundo,
y no le pedo igualar
por paternal estatuto,

nacido de su nobleza,
conoceràs que la tuvo:
pues aunque por ser tan pobres
no los aclamaba el vulgo,
si no fuera bueno el tronco,
no produxera tal fruto.
En la flor de mi niñez,
apenas tuve tres lustros,
quando en ellos à mi patria
con animo resuelto
declare mi inclinacion,
tan sujeta à los impulsos
de la guerra, que las armas
eran mi mayor estudio.
El timorame los nobles,
y la plebe en los tumultos
siempre me llamò el primero,
pero los hados injustos
lo benevolo trocaron
à rigores en vn punto.
Pues quando estava gozando
de su favor, mal seguro,
el veneno de la embidia
derramaron en algunos
sementados corazones,
que secretamente astutas,
procuraron embidiosos
destruir mis atributos.
Yo apenas lo vi, quando
contra todos me conjuro,
ya me coleraba, bienta,
ya me rigora, me rizo,
y me ignora la justicia,
ya me acomela tan insultos.

Fa.

Facis oros me aclaman,
yo sus intentos repugno
valiendome de mi espada
hasta el sagrado refugio.
Vna noche que quisieron
prenderme à seis hōbres juntos
les di tantas cuchilladas,
que aviendo ya muerto à vno
en los demás que quedaron
me entretuve por mi gusto,
hasta que los eché
a cuchillados al vno.
Viendo, pues, q̄ ya en mi patria
no podia estar seguro,
llevado de mi valor
seguí los marciales rumbos.
Fuime à la Ciudad de Cadiz,
à tiempo que en ella estivo
el señor Don Luis Faxardo,
General, y fuerte escudo
de la Armada Real, senté
plaza de soldado, en cuyo
exercito ya ocupado,
nuevos alientos me puso;
pues partiendose la Armada
en busca de la del Turco,
procuré ser el primero
que en la guerra se introduxo,
y en la primera ocasion,
en que ganamos algunos
Nauios al enemigo,
fui el primero, q̄ entre el humo
quaxado de valas gruesas,
me arroje en el mar profundo,

y afiendome en vn Nauio,
remora fui de su curso,
haziendole detener,
hasta que por él me subo,
y dando la muerte à quantos
en él estavan, sañudo
los embio à los infiernos,
siendo el agua su sepulcro.
Obligado desta accion
tan celebrada de muchos,
me honró con vna Vandera
mi General, y dispuso
traerme siempre à su lado
mientras en la guerra estubo,
que fue el primer escalon
en que fortuna me puio
para derribarme luego,
pero no de todo punto.
Dando, pues, la buelta à Cadiz
entre otros infortunios
me sucedió, que vna noche
sobre vn pequeño disgusto
me desmintió vn Capitana,
pero yo, que nunca sufro
atreuimientos de nadie,
para castigo del suyo
tomé en su sangre vengança,
con vn puñal tan agudo,
que de sus heridas fue
despachado al otro mundo.
Mi General informado,
por lisongeros del vulgo,
me persiguió de manera,
que yo autentarme procuro,

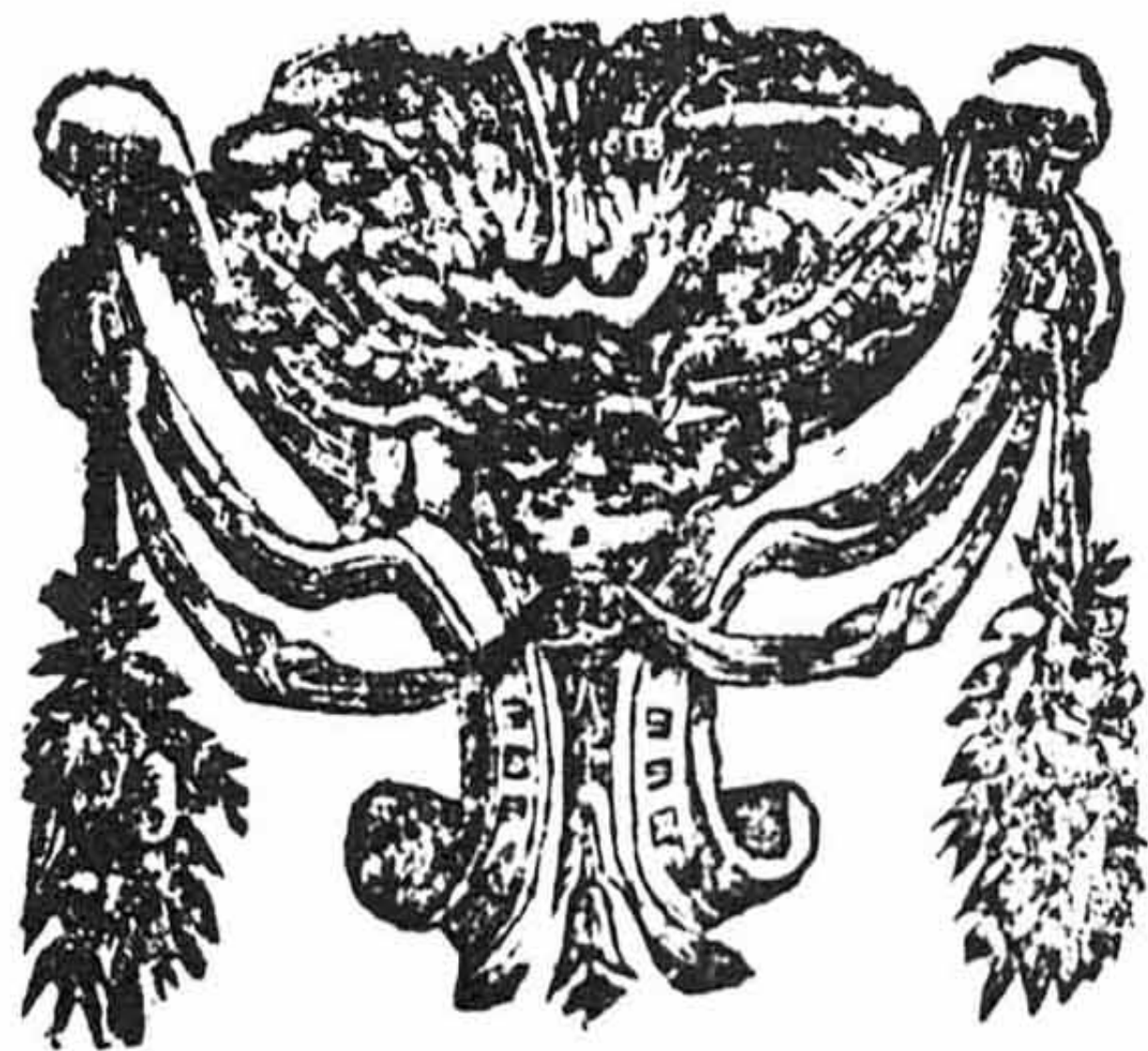
dan

dando lib selta à mi patria,
à pie, cansado, y desnudo,
y sin mas premio que el aver
servido à mi Rey Augusto,
que como soldado y pobre,
no le ofreci mas tributo.
Sape, gran señor, que vos
recto, generoso, augusto
amparais à los Soldados,
y à vuestro favor acudo.
Con que os he dicho la historia para admiracion del mundo.

sin discrepar solo vn punto,
de Francisco de Ribera,
desde el principio que tuvo
hasta llegar à estas plantas,
donde espero, donde juzgo
acreditar à mis obras
los deseos que promulgo.
Y siendo mi Atlante vos,
que me remonteis presumo
hasta los rayos del Sol,

B I N.

*En Sevilla por Juan Vejarano, à costa de Lucas Martini de
Hermosa, mercader de Libros en calle de Genova.*



Meus cuiusque is est
cuiusque

